

de arenas engendradas en granito,
 como lúcidos cristales de diamantes
 —flotilla blanco-plata, submarinos—
 de la trucha que persigue mariposas
 y libélulas con trajes arcoíricos.
 Y el eco, al escondite con los quiebros
 que, al azul de los cielos, hace el pico,
 a espaldas de fantasmas invisibles,
 va llevando los sonidos,
 desprendidos de los bronces de las torres,
 con mensaje de Dios en sus latidos.
 Y el agua los recoge,
 y los hace bajeles de Cupido
 con las velas tejidas en espuma,
 y, en estiba, sus dardos de amoríos
 que ha de ir disparando a las riberas
 de mares infinitos,
 el alma de este Valle y de sus hombres,
 y su rosario de cerezos florecidos.
 ¡La preñez de la tierra en esperanza
 de alumbrada de cerezas en racimo!

Enrique LOUZADO MORIANO

✕

Garrovillas de Alconétar.

RECUERDOS

LOS LIBROS DE CAMARA DE LA REINA CATOLICA

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)

(Conde de Canilleros)



El duque de Alba, don Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, catorce veces Grande de España y en posesión de una larguísima lista de títulos nobiliarios, fue el más representativo prócer español de su tiempo. Nació en 1878, estudió en Inglaterra, hizo la licenciatura de Derecho en Madrid y fue numerario de las Reales Academias Españolas, de la Historia y de Bellas Artes. En la primera de ellas, fundó el premio que lleva su nombre, para conmemorar el centenario del Quijote; de la segunda fue Director muchos años.

Yo conocí y traté de siempre a Alba. Este trato se hizo más continuo a partir de 1947, año de mi ingreso en la Academia de la Historia. Desde entonces nos vimos frecuentemente, no solo en las reuniones académicas, sino también, con más intimidad, en las agradables y selectas tertulias de *El Correo Erudito*, que él presidía y que se celebraban en los atardeceres de cada martes, en la residencia que en el mismo edificio de la Academia tenía el matrimonio Ballesteros.

Un martes de cada mes, iban señoras a la tertulia; los restantes, solamente hombres, con la única excepción de la dueña de la casa, que no faltó nunca. Las más asiduas de entre las damas eran la condesa de Yebes, María Luisa Caturla y la condesa de Campo Alange; de los caballeros, la lista sería muy larga, limitándome a citar, por recoger algún nombre, a Sánchez Cantón, García Gómez, Castañeda, el marqués de Saltillo, Camón Aznar, José María de Cossío y Claudio de la Torre, a más del ya citado Presidente, duque de Alba.

Las tertulias, aunque no con tanta frecuencia, continuaron celebrándose después de morir el gran historiador, Académico y Bibliotecario perpetuo de la Historia, don Antonio Ballesteros, porque se encargó de que no desapareciesen su esposa, Mercedes Gaibrois de Ballesteros, que fue elegida Bibliotecaria a la muerte de su marido, pues desde mucho antes era Académica, siendo la única mujer en España que ha alcanzado tal honor.

Una mañana me llamó Mercedes por teléfono:

—Te llamo para que no dejes de venir esta tarde a la tertulia—dijo—. Alba quiere hablar contigo y me ha encargado con mucho interés que te avise. Sé puntual, porque ya sabes cómo le gusta la puntualidad.

—Puedes estar tranquila—contesté—. A las siete en punto, estaré en tu casa.

Sabía que Alba me llamaba porque yo era el único enterado con todo detalle de lo relativo al hallazgo de los libros de cámara de la Reina Católica, asunto en torno al cual se había formado un gran revuelo.

No pasaban cinco minutos de las siete, cuando llegué al piso que en el edificio de la Academia de la Historia habitaba Mercedes. El duque, con su puntualidad británica, ya estaba allí. En la puerta del salón encontré a la dueña de la casa:

—Entra enseguida—me dijo—; Alba te está esperando.

Entré. El duque, que estaba sentado en el centro de un pequeño sofá, al verme se corrió hacia un lado, dejando sitio para que me sentase junto a él. Luego, dirigiéndose a todos los contertulios dijo:

—Antes de que nos explique Miguel Canilleros lo de los libros de cámara, voy a cambiar unas impresiones con él.

Los demás formaron grupos, iniciando charlas, mientras el duque y yo hablabamos a solas. Todo su interés se centraba en que fuera la Academia la que publicase los documentos encontrados. Con su generosidad característica, estaba dispuesto a costear la edición.

Yo le expuse las razones por las cuales esto era ya imposible. Cuando estuvo informado detalladamente del asunto, recabó la atención del auditorio:

—Oigan ustedes, que Miguel va explicarnos lo de los libros de Cámara de la Reina Católica.

Entonces relaté en público lo que ya le había dicho a solas, que, por tener cierto interés histórico, voy a consignar aquí:

El Camarero de la Reina doña Isabel fue Sancho de Paredes Gol-

fin, un cacereño de gran valía, jefe de rico, poderoso e ilustre linaje, el cual sirvió lealmente a la soberana y tuvo hasta el último momento su absoluta confianza, siendo uno de los testigos del histórico testamento de aquella excepcional mujer. A la muerte de la reina, sus libros de Cámara—nueve volúmenes en folio, encuadernados en pergamino—, quedaron en poder del Camarero y fueron a parar al archivo de su casa, que durante siglos estuvo en Cáceres, en el monumental palacio de los Golfines de Abajo, cuya artística fachada fue construída por Sancho. Palacio y archivo siguieron y siguen en poder de los descendientes de la línea primogénita, representada hoy por los condes de Torre Arias, marqueses de Santa Marta. En el pasado siglo trasladóse el archivo a Madrid, perdiéndose el rastro y el recuerdo de los repetidos libros de Cámara.

En la primera mitad del siglo XIX, hubo un período en el que por un antepasado mío, don José María de Mayoralgo y Golfín, conde de la Torre de Mayoralgo, la familia fue inmediata sucesora en unos mayorazgos de los Golfines, que poseía su parienta, doña Petra Golfín y Casas, condesa de Torre Arias y marquesa de Santa Marta, dama soltera. Esta señora casó luego, por lo cual no fue la sucesión a mi familia; pero durante aquel período de posible herencia, se hizo un detallado inventario de bienes de la casa de Torre Arias, incluidos los fondos documentales. En este inventario, que guardo en mi archivo, descubrí la mención de los libros de Cámara.

La cosa me pareció tan interesante, que la comuniqué a don Miguel Angel Orti Belmonte, Catedrático de Historia y culto investigador, con quien yo estaba íntimamente unido. De común acuerdo decidimos averiguar si se conservaba la importante documentación. Durante un viaje a Madrid, Orti pudo ver el archivo de Torre Arias, en el cual encontró los nueve volúmenes. Con el deseo de que fueran fotocopiados todos aquellos importantísimos folios sin acordarse de otras personas o entidades, recurrió a su amigo don Antonio de la Torre y del Cerro, perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y especializado en estudios sobre los Reyes Católicos. Cuando unos días después llegué yo a Madrid, ya lo tenía todo resuelto en la forma dicha.

Publicóse entonces en la prensa la noticia del hallazgo. Las instituciones culturales de Extremadura y la Academia de la Historia, a todo lo cual perteneciamos Orti y yo, se creyeron con preferente derecho a publicar los documentos, comenzando el revuelo y las gestiones para conseguirlo. Todo esto culminaba en aquella tarde

en la que el duque de Alba me citó en la Tertulia de *El Correo Erudito*.

Cuando terminé el relato, puntualizando que las fotocopias estaban ya en poder de don Antonio de la Torre, a disposición del Consejo Superior, empezaron los ataques al bueno de don Miguel Angel, al que yo defendía, porque en realidad no era culpable de nada. Con gran trabajo pude convencer a todos. Poco menos que a la fuerza, llevé unos días después a una sesión académica, presidida por Alba, a Orti Belmonte, dándose todo al olvido.

Aquella tarde, en la tertulia de *El Correo Erudito*, comprendí íntegramente la gran personalidad del duque de Alba, esa personalidad que, después de su muerte, ocurrida en Lausanne, Suiza, el 24 de Septiembre de 1953, se encargó de fijar magistralmente en un discurso el doctor Marañón. El prócer español más representativo de nuestro tiempo. era inteligente, afable, culto, generoso...

Yo no olvidaré nunca aquella charla, aquella comprensión, aquella buena voluntad que puso en el asunto de los libros de Cámara de la Reina Católica...



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» - Cáceres

L
L
A
M
A
S
E
D
E
C
A
P
I
T
U
L
O

De siempre preocupó la educación de los hijos; ahora parece que lo que preocupa es la de los padres.

Cómo sonaría una orquesta si le aplicáramos la cosa esa del contraste de pareceres.

Decían que era un señor de muchos humos porque tenía una chistera como una chimenea.

*

Para que no se les estropee el negocio, los agentes de seguros nos hablan de seguros de vida, en lugar de seguros de muerte, que es como deberían decir.

Todos somos ricos de aquello que nos dolería perder.

A veces, el micrófono, como los braseros mal encendidos, producen molestos chisporroteos.

La batuta es como la lanzadera con la que el director va tramando la música en la urdimbre de la orquesta.

Después de la lluvia, los árboles quedaron llorando la mojadura.

El tenista nunca consigue atrapar la pelota en la red de la raqueta.

Era tan serio que no sonreía ni cuando se retrataba.

José CANAL